

—¿No fué él el que lo envió á usted aquí?
—No olvide usted que todo se habría perdido si llegase á ver á Luciano mientras dura su educación.

—¿Y quién lo consolará?

—¿Y de qué se le ha de consolar?—preguntó el sacerdote con voz serena, desprovisto ya del temblor nervioso que le había agitado hasta entonces.

—No lo sé; lo digo porque suele estar triste.

—¡Triste!—repitió el sacerdote.—¿Y le ha dicho por qué?

—¡Nunca!—respondió la joven.

—¡Estaba triste porque amaba á una joven como usted!

—¡Ay de mí! ¡debía estarlo!—respondió con profunda humildad.—Yo soy la criatura más despreciable de mi sexo, y sólo podía hallar gracia á sus ojos mediante la fuerza de mi amor.

—Ese amor debe darle valor para obedecerme ciegamente. Si yo la llevase á usted inmediatamente á la casa en que ha de ser educada, todo el mundo le diría á Luciano que se ha ido usted, hoy domingo, con un sacerdote, y podría seguirle los pasos. Dentro de ocho días, la portera al ver que no vuelvo, me habrá tomado por lo que no soy. Dentro de ocho días, pues, á las siete de la noche, saldrá usted furtivamente y tomará el coche que la esperará en la calle de Frondeurs. Durante estos ocho días evite la presencia de Luciano; busque pretextos, prohibale la entrada y, cuando venga, váyase usted al cuarto de alguna amiga. Yo sabré si ha vuelto usted á verle, y, en este caso, todo habrá acabado y yo no volveré más. Estos ocho días son además necesarios para que prepare usted un ajuar decente y para que vaya dejando su aspecto de prostituida—dijo el sacerdote al mismo tiempo que dejaba una bolsa sobre la chimenea.—Hay en sus ademanes y en sus ropas un no sé qué, tan conocido de los parisienses, que les dice lo que usted es. ¿No ha encontrado usted nunca por las calles, por los paseos, á alguna de esas virtuosas y modestas jóvenes que van en compañía de su madre?

—¡Oh! sí, por mi desgracia. La vista de una madre con su hija es uno de nuestros mayores suplicios y despierta siempre remordimientos ocultos en los pliegues de nuestros corazones... Demasiado sé lo que me falta.

—Bueno, pues ya sabe cómo tiene que venir el domingo inmediato—dijo el sacerdote levantándose.

—¡Oh! antes de marchar enséñeme una oración verdadera, para que pueda rogar á Dios.

Era cosa verdaderamente conmovedora ver á aquel sacerdote haciéndole repetir á aquella joven el *Ave María* y el *Pater noster* en francés.

—¡Qué hermoso es!—dijo Ester cuando repitió una vez sin equivocarse estas dos magníficas y populares expresiones de la fe católica.—¿Cómo se llama usted?—le preguntó al sacerdote antes de decirle adiós.

—Carlos Herrera; soy español y estoy desterrado de mi patria.

Ester le tomó la mano y se la besó. No era ya una cortesana, sino un ángel que se levantaba después de caído.

En una casa célebre por la educación aristocrática que en ella se da, á principios del mes de marzo de aquel año, un lunes por la mañana, las internas vieron su linda tropa aumentada con una recién llegada cuya belleza superaba, no sólo á la de sus compañeras, sino también á las bellezas particulares de cada una. En Francia, es sumamente raro, por no decir imposible, hallar las treinta perfecciones descritas en versos persas grabados, según se dice, en el serrallo, y que son necesarias para que una mujer sea completamente hermosa. En Francia, si hay pocos conjuntos, hay en cambio encantadores detalles. En cuanto al conjunto imponente que buscan los escultores, y que han hecho célebres algunas obras, como la Diana y la Callipyge, es privilegio de Grecia y del Asia Menor. Ester procedía de esta cuna del género humano, patria de la belleza: su madre era judía. Los judíos, aunque se han degradado con el contacto de otros pueblos, ofrecen entre sus numerosas tribus filones que conservan el tipo sublime de las bellezas asiáticas. Cuando no son de una fealdad repulsiva, ofrecen el magnífico carácter de las figuras armenias. Ester se hubiese llevado el premio en el serrallo, porque poseía las treinta bellezas armoniosamente fundidas. Lejos de perjudicar el acabado de sus formas, la frescura del desarrollo, su extraña vida le había comunicado el no sé qué de la mujer: no era el tejido liso y compacto de los frutos verdes, ni el tono de la madurez, sino un algo que florecía aun. Algunos días más pasados en la disolución y habría alcanzado gordura. Aquella riqueza de salud, aquella perfección del ser animal en una criatura cuya voluptuosidad sustituía al pensamiento

debe ser un hecho eminente á los ojos de los fisiólogos. Por una circunstancia rara, por no decir imposible, en las muchachas muy jóvenes, sus manos de incomparable nobleza eran blandas, transparentes y blancas como las de una mujer embarazada de su segundo hijo. Tenía Ester el pie y los cabellos que hicieron célebre á la duquesa de Berry, cabellos tan abundantes y tan largos que al caer á tierra se formaban anillos, pues la judía tenía esa estatura media que permite hacer de la mujer una especie de juguete, que se toma, se deja, se lleva y se trae sin trabajo. La tez fina como papel de China y de un color de ámbar matizado por venas rojas, era reluciente sin ser seca y suave sin parecer húmeda. Nerviosa hasta el exceso, pero delicada en apariencia, Ester llamaba con frecuencia la atención por un rasgo notable en las caras que pintó Rafael, pues Rafael es el pintor que estudió más y mejor la belleza judía. Aquel rasgo era producido por la profundidad del arco bajo el cual giraba el ojo como fuera de una bóveda. Cuando la juventud viste con sus tintes puros y diáfanos ese hermoso arco provisto de pobladas cejas; cuando la luz, al deslizarse por el surco circular de debajo, adquiere un color de rosa claro, encierra tesoros de ternura capaces de contentar á un amante y bellezas capaces de desesperar á un artista. Esos pliegues luminosos en donde la sombra adquiere tintes dorados, ese tejido que tiene la consistencia de un nervio y la flexibilidad de la membrana más delicada, es el último esfuerzo de la naturaleza. El ojo en reposo está allí dentro como un huevo milagroso en un nido de hilos de seda. Pero luego, esa maravilla se torna en horrible melancolía cuando las pasiones han carbonizado esos contornos tan delicados y cuando los dolores han arrugado esa redécilla de fibrillas. El origen de Ester se veía en aquel corte oriental de sus ojos de párpados turcos cuyo color era de un gris de pizarra, que adquiriría con las luces el tinte azulado de las alas negras del cuervo. La excesiva dulzura de su mirada era lo único que podía menguar su brillo. Las razas venidas de los desiertos son las únicas que poseen en la mirada el poder de la fascinación sobre todos, pues una mujer fascina siempre á alguien. Sus ojos poseen sin duda algo del infinito que han contemplado. La naturaleza, previsoramente, había armado sus retinas de algún reflector para permitirles sostener

el espejo de las arenas, los torrentes del sol y el ardiente cobalto del éter? ¿ó es que los seres humanos toman, como los demás, algo en el medio en que se desarrollan y conservan durante siglos las cualidades adquiridas? Esta gran solución del problema de las razas está tal vez en la cuestión misma. Los instintos son hechos vivos cuya causa está en una necesidad sufrida. Las variedades animales son el resultado del ejercicio de estos instintos. Para convencerse de esta verdad tan buscada, basta aplicar á los rebaños de hombres la observación hecha recientemente acerca de los rebaños de carneros españoles é ingleses que, en las praderas en que la hierba abunda, pastan unidos unos á otros, y se dispersan en las montañas en que la hierba escasea. Sacad de su país esas dos especies de carneros, transportadlos á Suiza ó á Francia: el carnero de montaña pastará separado, aunque la pradera sea llena y espesa; los carneros de la llanura pastarán juntos, aunque sea en un paso de los Alpes. Varias generaciones no bastan apenas para reformar los instintos adquiridos y transmitidos. A los cien años, el espíritu de la montaña reaparece en un carnero refractario, del mismo modo que el Oriente brillaba en los ojos y en la cara de Ester al cabo de mil ochocientos años transcurridos. Aquella mirada no ejercía fascinación terrible; despedía un calor suave, enternecía sin causar asombro, y las voluntades más firmes se fundían en su llama. Ester había vencido al odio y había asombrado á los depravados parisienses; en fin, aquella mirada y la finura de su piel suave le habían valido el apodo terrible que acababa de hacer que hubiese sido recluida. Todo en ella estaba en armonía con esos caracteres de los desiertos ardientes. Su nariz, como la de los árabes, era delgada y de fosas ovales levantadas por los bordes. Su boca rosada y fresca era una rosa en la que las orgías no habían impreso huellas. La barba, modelada cual si un escultor enamorado la hubiese contorneado, tenía la blancura de la leche. Una sola cosa, que no había podido ocultar, revelaba en ella á la cortesana caída en las últimas capas del vicio: las uñas estropeadas, que exigían tiempo para tomar una forma elegante; tan deformadas estaban por los cuidados mas vulgares del aseo.

Las jóvenes internas empezaron por envidiar aquellos milagros de belleza y acabaron por admirarlos. No transcurrió la primera semana sin que se hubiesen hecho amigas

de la sencilla Ester, pues se interesaban por las secretas desgracias de una joven de diez y ocho años que no sabía leer ni escribir, que lo hallaba todo nuevo en ciencia y en instrucción, y que iba á procurar al arzobispo la gloria de la conversión de una judía al catolicismo, y al convento la fiesta de su bautizo. Al verse superiores á ella en educación, la perdonaron su belleza. Ester adquirió muy pronto las maneras, el porte, la voz dulce y las actitudes de aquellas jóvenes tan distinguidas. El cambio fué tan completo que, á la primera visita, Herrera quedó sorprendido, á pesar de que no se sorprendía por nada, y las superiores le felicitaron por su pupila. En sus largos años de práctica, aquellas mujeres no habían visto nunca naturaleza más cariñosa, mansedumbre más cristiana, modestia más verdadera y un deseo tan grande de aprender. Cuando una joven ha sufrido los males que habían agobiado á la pobre interna, y cuando espera una recompensa como la que el español ofrecía á Ester, es difícil que no realice aquellos milagros de los primeros días de la Iglesia que los jesuitas renovaron en el Paraguay.

—¡Es una joven edificante!—dijo la superiora besándola en la frente.

Esta palabra, esencialmente católica, lo dice todo.

Durante el recreo, Ester interrogaba con mesura á sus compañeras acerca de las cosas más sencillas del mundo, que eran para ella como los primeros asombros de la vida para un niño. Cuando supo que la vestirían de blanco el día de su bautizo y de su primera comunión, que llevaría una banda de seda, cintas blancas, zapatos blancos y guantes blancos, y que iría peinada con nudos blancos, rompió en amargo llanto en medio de sus compañeras. Aquello era lo contrario de la escena de Jefe en la montaña. La cortesana temió ser comprendida, y achacó su terrible melancolía á la alegría que le producía la fiesta de antemano. Como había, á decir verdad, tan gran distancia de las costumbres que acababa de dejar á las que iba adquiriendo, entre el estado salvaje y la civilización, Ester tenía la gracia, la sencillez y la profundidad que distingue á la maravillosa heroína de los *Puritanos de América*. Sin saberlo ella misma, tenía también en el corazón un amor que la consumía, un amor extraño, un deseo, más violento en ella, que lo sabía todo, que suele serlo en la virgen que no sabe nada, aunque los dos

deseos obedezcan á la misma causa y al mismo fin. Durante los primeros meses, la novedad de una vida reclusa, la sorpresa de la enseñanza, los trabajos que le enseñaban, las prácticas de la religión, el fervor de una resolución santa, la dulzura del afecto que inspiraba, el ejercicio de las facultades de la inteligencia despertada, todo le servía para comprimir sus recuerdos, hasta los esfuerzos de la nueva memoria que formaba, pues tenía tanto que olvidar como que aprender. Existen en nosotros varias memorias: el cuerpo y el alma tienen cada cual la suya; y la nostalgia, por ejemplo, es una enfermedad de la memoria física. Durante el tercer mes, la violencia de aquella alma virgen, que se encaminaba á todo vuelo hacia el paraíso, fué, si no domada, por lo menos comprimida mediante una resistencia sorda cuya causa era ignorada por la misma Ester. Como los carneros de Escocia, quería pacer separada; no podía vencer los instintos desarrollados en la crápula. ¿La recordarían las calles fangosas de París de las cuales había abjurado ella? Las cadenas de sus horribles costumbres ¿seguían unidas á ella y sentía aún el dolor de los miembros amputados, como lo sienten los que han sufrido una operación? Los vicios y los excesos ¿habían penetrado de tal modo en su médula, que ni las aguas santas podían librarla del demonio que se escondía en su interior? La vista de aquel por quien hacía tantos y tan angelicales esfuerzos ¿era necesaria á aquella á quien Dios tenía que perdonar que mezclase el amor divino y el amor humano? El uno la había llevado al otro. ¿Se operaba en ella un extravío de la fuerza vital, que le acarrea sufrimientos necesarios? Todo es duda y tinieblas en una situación que la ciencia no se ha dignado examinar porque ha hallado el asunto inmoral y demasiado comprometedor, como si el médico y el escritor, el sacerdote y el político no estuviesen por encima de toda sospecha. Sin embargo, un médico, que fué detenido en su marcha por la muerte, ha tenido el valor de comenzar unos estudios que dejó incompletos. Tal vez la negra melancolía que padecía Ester y que obscurecía su vida feliz, participaba de todas estas causas, y, como ella era incapaz de adivinarlo, tal vez sufrió como sufren los enfermos que no conocen la medicina ni la cirugía. El hecho es extraño. Un alimento nutritivo, sano y abundante, sustituido por detestable alimento inflamatorio, no sustentaba á Esther. Una vida pura y regular, compartida en trabajos moderados

30897

y en recreos, en lugar de una vida desordenada en que los placeres eran tan horribles como las penas, y, sin embargo, la joven interna enfermaba. El reposo más sereno y las noches tranquilas que reemplazaban á las fatigas más aplastantes y á las agitaciones más crueles, le producían una fiebre cuyos síntomas no podían ser adivinados por la mirada experta de la enfermera. En fin, el bien y la dicha sucediendo al mal y al infortunio, la seguridad á la inquietud, eran tan funestas para Ester cual hubiesen sido sus miserias pasadas para sus compañeras de internado. Nacida en medio de la corrupción, se había desarrollado en su ambiente y su patria infernal ejercía aún su imperio, á pesar de las órdenes soberanas de una voluntad absoluta. Lo que ella odiaba era para ella la vida, y lo que ella amaba la mataba. La joven tenía una fe tan ardiente que su piedad regocijaba el alma. Era aficionada á rezar, había abierto su alma á las luces de la religión y las recibía sin esfuerzo y sin dudas. El sacerdote que la dirigía estaba maravillado, pero en aquella joven el cuerpo contrariaba al alma á cada paso.

Unas carpas fueron sacadas de un pantano fangoso para ser colocadas en un estanque de mármol dotado de cristalina agua, á fin de satisfacer un deseo de la señora de Mantenón, que las mantenía con los despojos de la mesa real; pero las carpas se morían. Los animales podrán ser sumisos, pero el hombre no les comunicará nunca la lepra de la adulación. Un cortesano notó esta muda oposición en Versalles. «Son como yo, contestó aquella reina inédita; echan de menos su mansión obscura.» Esta frase resume toda la historia de Ester.

Había momentos en que la pobre joven se sentía inclinada á correr por los magníficos jardines del convento, yendo de un árbol á otro y buscando por los rincones oscuros ¿el qué? no lo sabía; pero la joven sucumbía á las tentaciones del demonio, coqueteaba con los árboles y les decía cosas que no se atrevía á pronunciar. A veces, por la noche, se deslizaba á lo largo de los muros, como una culebra, sin chal y con los hombros desnudos. Otras, en la capilla, durante los oficios, permanecía con los ojos fijos en el crucifijo, siendo la admiración de todo el mundo. Las lágrimas acudían á sus ojos, pero eran lágrimas de rabia; en lugar de las imágenes sagradas que ella deseaba ver, las noches de orgía y de lascivia, acompañadas de risas inextinguibles

y de movimientos nerviosos, se erguían desmelenadas, furiosas, brutales. Ester era por fuera suave como una virgen que sólo tiene de la tierra la forma de mujer, pero por dentro era una imperial Mesalina. Ella sola estaba en el secreto de aquel combate del demonio contra el ángel. Cuando la superiora la reñía porque se había peinado más artísticamente de lo que permitía la regla, la joven se cambiaba de peinado con adorable y pronta obediencia, y estaba dispuesta á cortarse los cabellos si la madre se lo hubiese ordenado. Aquella nostalgia tenía una gracia conmovedora en una joven que prefería morir á volver á los países impuros. Ester palideció, cambió, se puso delgada. La superiora moderó la enseñanza, y llamó á aquella adorable criatura para interrogarla. Ester era feliz; vivía contenta con sus compañeras; no se sentía herida en ningún órgano vital, pero su vitalidad desaparecía. Asombrada de las respuestas de su discípula, la superiora no sabía qué pensar al verla tan desmejorada. Cuando el estado de la joven se agravó, se llamó al médico; pero como ignoraba la vida anterior de Ester y no podía sospecharla, aquel médico halló vida en todas partes y el sufrimiento en ninguna. La enferma respondió de un modo que destruía todas las hipótesis. Quedaba una manera de esclarecer las dudas del sabio que se aferraba obstinadamente á una idea; pero Ester se negó terminantemente á sufrir el examen que se le indicó. En tan gran peligro, la superiora llamó al abate Herrera. El español acudió, vió el estado desesperado de Ester y habló un momento en secreto con el doctor. Después de aquella entrevista, el hombre de ciencia le manifestó al hombre de fe que el único remedio era un viaje á Italia. El abate no quiso que el viaje se hiciese hasta que Ester hubiese recibido el bautismo y la comunión.

—¿Cuánto tiempo se necesita aun?—preguntó el médico.

—Un mes—respondió la superiora.

—Ya estará muerta—contestó el doctor.

—Sí, pero en estado de gracia y salvada—dijo el abate.

La cuestión religiosa domina en España todas las demás cuestiones políticas, civiles y vitales; así es que el médico no le contestó al español y se volvió hacia la superiora; pero entonces el terrible abate lo cogió por el brazo y le dijo:

—Caballero, ni una palabra.

Aunque era religioso y monárquico, el médico le dirigió

á Ester una mirada compasiva. Aquella joven era hermosa como un lirio tronchado.

—¡A la gracia de Dios, pues!—exclamó el galeno marchándose.

El día mismo de aquella consulta, Ester fué llevada por su protector al Rocher de Cancale, pues el deseo de salvarla le había sugerido á aquel cura las cosas más extravagantes. El eclesiástico probó dos excesos: una excelente comida, que podía recordarle á la pobre niña sus orgías, y la Ópera, que le ofrecería algunas imágenes mundanas. Le era preciso emplear su aplastante autoridad para decidir á la joven santa á semejantes profanaciones. Herrera se disfrazó de tal modo de militar que á Ester le costó trabajo conocerlo, y haciéndole ponerse un velo á su compañera, la acomodó en un palco que la ponía á cubierto de todas las miradas. Este paliativo, que no ofrecía peligros para una inocencia tan seriamente reconocida, pronto quedó agotado. La interna no tomó afición á las comidas de su protector, sintió una repugnancia religiosa por el teatro y volvió á sumirse en negra melancolía.

—¡Se muere de amor por Luciano!—se dijo Herrera, que quiso sondear la profundidad de aquella alma y saber lo que podía exigirle.

Llegó un momento en que aquella pobre joven sólo estaba sostenida por la fuerza moral y en que el cuerpo iba á ceder. El sacerdote calculó aquel momento con la espantosa sagacidad práctica que empleaban antaño los verdugos en su arte de aplicar el tormento. Halló á su pupila en el jardín, sentada en un banco, debajo de una parra acariciada por el sol de abril. La pobre parecía tener frío y buscar el sol; y sus compañeras miraban con interés su palidez de hoja marchita, sus ojos de gacela moribunda y su postura melancólica. Ester se levantó para ir al encuentro del español, aunque lo hizo en una actitud que demostraba su falta de fuerzas, ó, mejor dicho, su poco apego á la vida. Aquella pobre bohemía, aquella golondrina herida, movió por segunda vez á compasión á Carlos Herrera. Este sombrío eclesiástico, á quien Dios no debía emplear más que para la realización de sus venganzas, acogió á la enferma con una sonrisa que denotaba tanta amargura como dulzura, tanta venganza como caridad. Educada en la meditación, Ester sintió por segunda vez una cierta desconfianza al ver á su protector; pero, al

igual que en la primera, se tranquilizó en seguida con sus palabras.

—Bueno, hija mía querida, ¿por qué no me ha hablado usted nunca de Luciano?

—Le había prometido á usted, le había jurado no pronunciar más su nombre—respondió la joven estremeciéndose de pies á cabeza.

—Sin embargo, no ha cesado usted de pensar en él.

—Señor, esa es mi única falta. Pienso en él á todas horas, y cuando usted se ha presentado me decía á mí misma ese nombre.

—¿Le mata la ausencia?

Por toda respuesta, Ester inclinó la cabeza á la manera de los enfermos que sienten ya el aire de la tumba.

—¿Y si volviese usted á verle?

—Sería para mí vivir—respondió Ester.

—¿Piensa usted en él con el alma solamente?

—¡Ah! señor, el amor no puede partirse.

—¡Hija de la raza maldita! ¡lo he hecho todo para salvarte y te vuelvo á tu primitivo destino! ¡volverás á verlo!

—¿Por qué, pues, maldice usted mi dicha? ¿No puedo amar á Luciano y practicar la virtud, dos cosas que me son igualmente gratas? ¿No estoy aquí dispuesta á morir por la virtud, como lo estaría á morir por él? ¿No voy á expirar por estos dos fanatismos, por la virtud que me hacía digna de él y por el que me trajo á la virtud? Sí, estoy dispuesta á morir sin verle y á vivir volviendo á contemplarle una vez. Dios me juzgará.

Los colores habían vuelto á parecer y su palidez había adquirido un tinte dorado. Ester volvió á cobrar su gracia.

—Al día siguiente de haber sido lavada por las aguas del bautismo, volverá usted á ver á Luciano y, si cree que podrá ser virtuosa viviendo con él, ya no se separarán más.

El sacerdote se vió obligado á levantar á Ester, cuyas piernas cedieron. La pobre joven había caído, como si la tierra le hubiese faltado bajo los pies. El cura la sentó en el banco, y cuando la joven volvió á usar de la palabra fué para decirle:

—¿Y por qué no hoy?

—¿Quiere usted privar al señor obispo del triunfo de su bautismo y de su conversión? Está usted demasiado cerca de Luciano para no estar lejos de Dios.

—Sí, ya no pensaba en nada.

—Usted no será nunca de ninguna religión—dijo el sacerdote con profunda ironía.

—¡Dios es bueno y lee en mi corazón!

Vencido por la deliciosa sencillez que denotaban la voz, la mirada, los gestos y la actitud de Ester, Herrera la besó por primera vez en la frente.

—Los libertinos te habían bautizado bien: tú seducirás á Dios Padre. Unos días más, y luego los dos seréis libres.

—¡Los dos!—repitió la joven con alegría extática.

Esta escena, vista de lejos, sorprendió á las internas y á las monjas, las cuales creyeron haber asistido á alguna operación mágica, al comparar á Ester consigo misma. La niña cambiada vivía y reaparecía con su verdadera naturaleza de amor, linda, coqueta, insinuante, alegre, en fin, que resucitaba.

Herrera vivía en la calle Cassette, cerca de San Sulpicio, iglesia en la cual oficiaba. Esta iglesia, de un estilo duro y seco, le gustaba á aquel español, cuya religión se semejava á la de los dominicos. Hijo perdido de la política astuta de Fernando VII, no quería servir á la causa constitucional, sabiendo que este sacrificio no podría ser nunca recompensado más que al restablecimiento del *Rey neto*. Carlos Herrera se había entregado en cuerpo y alma á la *camarilla* en el momento en que las cortes no corrían peligro de ser disueltas. Para el mundo esta conducta era presagio cierto de una alma superior. La expedición del duque de Angulema se había efectuado, el rey Fernando reinaba y Carlos Herrera no iba á reclamar el premio de sus servicios á Madrid. Defendido de la curiosidad por un silencio diplomático, atribuyó su permanencia en París al intenso afecto que le tenía á Luciano de Rubempré, afecto al que debía ya este joven la R. O. del rey relativa á su cambio de nombre. Por otra parte, Carlos Herrera vivía como viven generalmente los sacerdotes encargados de misiones secretas, muy obscuramente, y cumplía sus deberes religiosos en San Sulpicio; no salía más que para sus negocios y lo hacía de noche y en carruaje. El día estaba ocupado para él con la siesta española, lo cual no es obstáculo para que duerman también durante las horas en que París es tumultuoso y está más animado. El puro español desempeñaba también su papel y consumía tanto tiempo como el tabaco. La pereza es una

máscara como la gravedad, que es asimismo pereza. Herrera vivía en un ala de la casa, en el segundo piso, y Luciano ocupaba la otra ala. Aquellas dos habitaciones estaban á la vez separadas y unidas por una gran antesala cuya magnificencia antigua convenía igualmente al grave eclesiástico y al joven poeta. El patio de aquella casa era sombrío, y unos árboles muy grandes prestaban sombra al jardín. En las habitaciones escogidas por los sacerdotes suele hallarse discreción y silencio. La vivienda de Herrera quedará descrita con dos palabras: una celda. La de Luciano, lujosa y confortable, reunía todo lo que exige la vida elegante del petimetre, poeta, escritor, ambicioso, vicioso, orgulloso y vanidoso á la vez, lleno de negligencias y ansioso de orden, uno de esos genios incompletos que tienen algún poder para desear, para concebir, lo cual es tal vez la misma cosa, pero que carecen de fuerza para ejecutar. Entre los dos, entre Luciano y Herrera formaban una política; y en esto está, sin duda, el secreto de su unión. Los ancianos que han visto extraviarse la acción de su vida transportándola á la esfera de los intereses, sienten á veces la necesidad de una máquina bonita, de un actor joven y apasionado para realizar sus proyectos. Richelieu buscó demasiado tarde una cara blanca y guapa con bigote para soltársela á las mujeres á quienes le convenía distraer. No habiendo sido comprendido por jóvenes atolondrados, se vió obligado á desterrar á la madre de su maestro y á asustar á la reina, después de haber intentado hacerse amar por la una y por la otra, siendo así que no era de talla suficiente para gustar á reinas. De todas suertes, en una vida ambiciosa, es preciso chocar siempre con una mujer en el momento en que menos se espera semejante encuentro. Por poderoso que sea un gran político, necesita una mujer para oponerla á otra mujer, lo mismo que los holandeses emplean el diamante contra el diamante. En el momento de su mayor poder, Roma obedecía á esta necesidad. Ved también como la vida de Mazarino, cardenal italiano, fué distintamente dominadora que la de Richelieu, cardenal francés. Richelieu halla oposición en los grandes señores y les aplica el hacha, muriendo en la flor de su poder, gastado por aquel duelo en el que sólo era secundado por un capuchino. Mazarino es rechazado por la burguesía y por la nobleza reunidas, armadas, victoriosas á veces, y que hacen huir al reinado; pero el servidor de Ana

de Austria no le quita la vida á nadie, sabe vencer á Francia entera y forma á Luis XIV, que acabó la obra de Richelieu estrangulando á la nobleza con lazos dorados en el gran serrallo de Versailles. Muerta la señora de Pompadour, Choiseul estaba perdido. ¿Se había penetrado Herrera de las doctrinas elevadas? ¿se había hecho justicia á sí mismo antes que lo había hecho Richelieu? ¿había escogido en Luciano un Cinq-Mars, pero un Cinq-Mars fiel? Nadie podía responder á estas preguntas ni calcular la ambición de aquel español, del mismo modo que no se podía prever cuál sería su fin. Estas preguntas, hechas por aquellos que pudieron observar semejante unión secreta durante mucho tiempo, tendían á penetrar un misterio horrible que Luciano conocía únicamente desde pocos días antes. Carlos era ambicioso por dos, y esto demostraba precisamente á las personas que le conocían, las cuales creían que Luciano era hijo natural de aquel sacerdote.

Quince días después de su aparición en la Ópera, que le lanzó demasiado pronto al mundo en que el abate no deseaba verlo hasta el momento en que hubiera acabado de armarlo contra el mundo, Luciano tenía tres caballos muy hermosos en la cuadra, un cupé para la noche y un cabriolé y un tilburi para por la mañana. El joven comía siempre fuera de casa. Las previsiones de Herrera se habían realizado; la disipación se había apoderado de su discípulo; pero el cura había juzgado necesario divertirse con el amor insensato que aquel joven prefesaba á Ester. Después de haber gastado unos cuarenta mil francos, Luciano buscaba con obstinación á la Torpedo, y al no hallarla, esta joven pasaba á ser para él lo que es la presa para el cazador. ¿Podía conocer Herrera la naturaleza del amor de un poeta? Una vez que este sentimiento se apodera, en uno de esos grandes hombrecitos, de la cabeza del mismo modo que ha abrasado el corazón y penetrado los sentidos, el poeta llega á ser tan superior á la humanidad por el amor como lo es por el poder de su fantasía. Debiendo á un capricho de la generación actual la rara facultad de pintar la naturaleza con imágenes que reflejan á la vez el sentimiento y la idea, presta á su amor las alas de su espíritu, siente y pinta, obra y medita, multiplica sus sensaciones con el pensamiento, triplica la felicidad presente con la aspiración del porvenir y con los recuerdos del pasado, y mezcla con todo esto los exquisitos goces del alma

que le hacen príncipe de los artistas. La pasión de un poeta se convierte entonces en un gran poema donde las proporciones humanas son superadas. ¿No pone entonces el poeta á su amada muy por encima del lugar que aspiran á ocupar las mujeres? Como el sublime caballero de la Mancha, convierte á una campesina en princesa y utiliza por sí mismo la varita mágica con la cual lo toca todo para hacerlo maravilloso, agrandando así las voluptuosidades con el adorable mundo del ideal. Este amor es también un modelo de pasión: es excesivo en todo, en sus esperanzas, en sus desesperaciones, en sus iras, en sus melancolías, en sus goces; vuela, salta, trepa y no se parece á ninguna de las agitaciones que sienten los hombres; es al amor vulgar lo que el eterno torrente de los Alpes comparado con los arroyos de las llanuras. Estos hermosos genios son tan raramente comprendidos, que se agotan en vanas esperanzas, se consumen en busca de sus ideales maestros y mueren casi siempre como esos hermosos insectos ataviados espléndidamente para las fiestas del amor más poético y que mueren aplastados por el pie de un caminante; pero ¡otro peligro! cuando hallan la forma que responde á los anhelos de su alma y que es, á veces, una panadera, hacen como Rafael, hacen como el insecto, mueren junto á la *Fornarina*. Luciano estaba así. Su naturaleza poética, extrema necesariamente en todo, en el bien como en el mal, había adivinado al ángel en la mujer impregnada de corrupción más bien que corrompida, y seguía viéndola blanca, alada, pura y misteriosa, cual ella se había formado para él, al comprender que la deseaba de este modo.

Hacia fines del mes de mayo del año 1825, Luciano había perdido toda su vivacidad; no salía, comía con Herrera, estaba pensativo, trabajaba, leía la colección de los tratados diplomáticos, permanecía sentado en un sofá horas enteras y fumaba tres ó cuatro *houkas* al día. Su criado tenía más trabajo en limpiar los tubos de este hermoso instrumento y en perfumarios, que en ocuparse de los caballos para las carreras del Bosque. El día en que el español notó la preocupación de Luciano y en que vió las huellas de la enfermedad en las locuras del amor comprimido, quiso penetrar á fondo el corazón de aquel joven en quien había cifrado su vida.

Durante una hermosa tarde en que Luciano, sentado en

un sofá, contemplaba la puesta del sol á través de los árboles del jardín, lanzando bocanadas de humo perfumado á intervalos iguales, como suelen hacer los fumadores preocupados, fué sacado de su meditación por un profundo suspiro. Se volvió y vió al cura de pie, con los brazos cruzados.

—¿Estabas ahí?—le preguntó el poeta.

—Hace ya rato—respondió el sacerdote.—Mis ideas seguían á las tuyas...

Luciano comprendió perfectamente estas palabras.

—Yo no me he tenido nunca por una naturaleza de bronce como es la tuya. La vida es para mí sucesivamente un paraíso y un infierno; pero cuando por casualidad no es lo uno ni lo otro, me aburre.

—¿Cómo aburrirse teniendo en perspectiva tan magníficas esperanzas?

—Cuando no se cree en esas esperanzas, ó cuando están demasiado veladas...

—¡Basta de tonterías!—dijo el sacerdote.—Es más digno de ti y de mí que me abras tu corazón. Hay entre nosotros lo que no debía de existir nunca: ¡un secreto!... y este secreto dura hace ya diez y seis meses. Tú amas á una mujer.

—¿Y qué más?...

—A una joven inmunda, llamada la Torpedo.

—¿Y qué?

—Hijo mío, yo te había consentido que tuvieses querida, pero que fuese una mujer de la corte, joven, hermosa, influyente, condesa al menos. Yo te había indicado á la marquesa de Espard, á fin de que te sirviese de medio de hacer fortuna; porque ésta no te habría pervertido y te habría dejado en libertad. Amar á una prostituta de la última especie, cuando no se tiene poder, cual tiene un rey, para ennoblecirla, es una falta enorme.

—¿Soy yo acaso el primero que ha renunciado á la ambición para seguir la pendiente de un amor desenfrenado?

—¡Bueno!—dijo el sacerdote cogiendo el *bochetti* del *houka*, que Luciano había dejado caer al suelo, y entregándoselo—comprendo el epigrama. ¿No se pueden armonizar la ambición y el amor? Niño, tú tienes en el viejo Herrera una madre cuya abnegación es absoluta...

—Lo sé, viejo mío—le dijo Luciano estrechándole la mano.

—Has querido los juguetes de la riqueza y los has te-

nido. Quieres brillar y yo te dirijo hacia el camino del poder y beso manos bien sucias para que asciendas... y ascenderás. Dentro de muy poco no te faltará nada de lo que gusta á los hombres y á las mujeres. Afeminado por tus caprichos, eres viril por tu talento: lo he esperado todo de ti y te lo perdono todo. No tienes más que hablar para satisfacer tus pasiones de un día. Yo te he agrandado la vida dándote lo que la hace adorable para todo el mundo, el sello de la política y de la dominación. Tú serás tan grande como pequeño eres hoy; pero es preciso no romper el instrumento que nos servirá para medrar. Te lo perdono todo menos las faltas que puedan destruir tu porvenir. Cuando te abro los salones del arrabal Saint-Germain te prohibo que te revuelques en el fango. ¡Luciano! en interés tuyo, yo seré de hierro y lo sufriré todo por tí y para tí. Así pues, yo he convertido tu falta de tacto para el juego de la vida en una finura de jugador de oficio...

Luciano levantó la cabeza con furiosa brusquedad.

—¡Yo te he quitado á la Torpedo!

—¿Tú?—exclamó Luciano.

En un acceso de rabia animal, el poeta se levantó, tiró el bochineto de oro á la cara del sacerdote y le dió al mismo tiempo un empujón que fué bastante violento para derribar á aquel atleta.

—¡Yo!—repitió el español levantándose y conservando su terrible gravedad.

La peluca negra se le había caído, y un cráneo reluciente como una calavera dió á aquel hombre su verdadera fisonomía, que era, á decir verdad, espantosa. Luciano siguió sentado en el sofá, con los brazos caídos, agobiado, mirando al sacerdote con aire estúpido.

—¡Yo te la he quitado!

—¿Y qué has hecho de ella? Me la quitaste al día siguiente del baile de máscaras...

—Sí, al día siguiente de aquel en que vi que insultaban al ser que te pertenecía unos pillastres que no merecen un puntapié.

—¡Pillastres!—dijo Luciano interrumpiéndole—di más bien monstruos, junto á los cuales son ángeles los guillotizados por los mayores crímenes. ¿Sabes lo que había hecho por ellos la pobre Torpedo? Uno de ellos fué su amante durante dos meses; ella era pobre y buscaba su sustento en el